

Josep Anselm Clavé, «Quejas y esperanzas», a *Almanaque democrático para el año (bisiesto) de 1864, por varios socios del Ateneo Catalán. Barcelona: I. López Editor – Librería Española, 1864*

I.

Los que anhelando instruir al pueblo le ofrecéis la esencia de vuestro *amor y consideración* en ricos pebeteros, que por su coste estar no pueden al alcance del pobre proletario:

Los que intentáis llevar algún consuelo a la morada del obrero, y ofuscados por absurdas ideas erráis la senda que conduce a las cabañas y dais vuestra voz al viento en la inmensidad de un páramo desierto:

Los que al esforzaros en hablar al trabajador de los deberes, que cumple con exceso, olvidáis que siente devoradoras hambre y sed de los derechos innatos en el hombre que se le conculcan, cercenan o arrebatan bajo los mas fútiles y capciosos pretextos:

Si leéis este *Almanaque*, doblad aquí la hoja.

Toma la palabra un hombre del pueblo, educado en los talleres, y su lenguaje rudo y franco pudiera herir desagradablemente vuestros oídos avezados tan sólo a los galanos párrafos, a los rotundos períodos, a las cadenciosas frases con que sabéis, los hombres de talento, ataviar las rozagantes concepciones de vuestra privilegiada imaginación.

Mas no; no la dobléis.

Sobreponeos al disgusto que pueda ocasionaros lo incorrecto del estilo y prestad un momento de atención al hombre que ha sobrellevado el peso de las iniquidades que amargan la existencia del infeliz obrero, y llora todavía con lágrimas de sangre los dolorosos infortunios que agobian a sus antiguos hermanos de trabajo; al hombre que ha sentido también crujir en sus espaldas el denigrante látigo de inmunda Urania, y atesora en su alma inmenso amor para esos desdichados parias de la sociedad que partieron con él, en día aciago, el negro pan de sus sudores.

L'Aplec del Remei

Vosotros, egregios sabios, que pretendéis cicatrizar las heridas que el candente estigma de oprobiosa servidumbre abriera en el noble corazón del proletario, sin que os atreváis a sondear su profundidad horrible, tenéis mucho que aprender todavía acerca el pueblo, y ¡quién sabe si podrán prestar alguna luz a vuestras investigaciones futuras las toscas palabras, las sencillas observaciones de un obrero inválido!

¿Queréis escribir para la clase trabajadora?

Despojaos por completo del terror visionario que os infunde, y aprended a conocerla.

II.

Graves males, calamidades sin cuento gravitan con inmensa pesadumbre sobre el infortunado proletario.

Lágrimas de amargura y desconsuelo oscilan noche y día en los hinchados párpados de esos augustos mártires del *deber*, y ¡ay! los que tanto hacer pudieran en su alivio, remachan de vez en cuando otro eslabón a la pesada cadena de sus negros sufrimientos.

Prohombres del actual orden de cosas, ¿qué lleváis a la morada del obrero para calmar los males que la infestan?

Palabras de resignación... de mansedumbre... en vez de una esperanza en el cercano imperio del derecho; una esperanza dulce que haga mas llevaderas las aflicciones del presente, que borre de su mente conturbada los aniquiladores recuerdos de un pasado horrible.

O no sentís piedad por su desventurada suerte, y no podéis llamaros sus amigos, ó vivís obcecados por un lamentable error que urge desvanecer.

Venid conmigo a la vivienda del obrero.

¿Qué veis?

Una mujer demacrada por las torturas del espíritu y las fatigas de un trabajo superior a su constitución endeble.

Derrama amargo llanto en la soledad de su insalubre estancia.

El mayor de sus hijos, el más robusto apoyo de una familia necesitada, ha sido arrebatado para el servicio de las armas.

L'Aplec del Remei

El hijo del propietario del chiribitil que la mujer habita, habiéndole caído en suerte un número mas bajo, continúa en el seno de su familia afortunada.

Y la mujer pregunta:

—¿Por qué el hijo del rico ha de eximirse del peso inicuo de esa contribución de sangre?

Contestadle, hombres del presente.

—Porque el hijo del rico ha redimido el servicio de la patria con dinero.

Oíd a la mujer:

—¿Conque la patria impone sacrificios personales que se redimen con un puñado de oro? ¡Luego lo que esa ley funesta exige es la juventud, la sangre, la vida de los que no poseen ese metal codiciado!... ¡Dónde está la justicia, Dios eterno!

Hombres del doctrinarismo, ¿qué contestáis a los terribles cargos de esa bendita madre sin consuelo?...

¡Oh! callad, callad; ¡no profanéis su dolor santo!

Oíd aun a la mujer:

—¡Dichosos los ricos que *redimen* a sus hijos con el oro! ¿Quién *redimirá* a los hijos de los pobres?

¡La DEMOCRACIA, buena y santa mujer! La DEMOCRACIA, aboliendo esas odiosas quintas, al asentar sobre las bases de la RAZÓN y del DERECHO el reinado de la FRATERNIDAD UNIVERSAL.

III.

La LIBERTAD DE ASOCIACIÓN tan fecunda en bienes para todas las clases sociales, está vedada cruelmente a los que sienten mayor necesidad de socorro mutuo en las crisis económicas, en las enfermedades, en la inutilización, en la vejez; a los que tienen precisión más manifiesta de robustecer sus fuerzas para hacer frente a injustas exigencias de intereses impremeditadamente opuestos al trabajo.

Si está al alcance de todos que la *Asociación* de los pudientes abre cada día nuevas fuentes de prosperidad a nuestro suelo, ¿por qué impedir a los

L'Aplec del Remei

obreros que con el libre ejercicio de este indisputable derecho, contribuyan a asegurar a nuestros hijos un porvenir de paz y bienandanza?

El capital y el trabajo, de consuno, deben establecer la suspirada armonía social. Ponerlos frente a frente, despojando al trabajador de una libertad de acción que se concede al capitalista, es evocar catástrofes espantosas; es dar motivo a que las generaciones venideras pidan a nuestra memoria estrecha cuenta de los estragos de esas terribles tempestades que no sabemos conjurar.

Estudiad al proletario, los que por no encontrar fácil acceso a su morada paseáis ufanos la vacilante antorcha de una *verdad* ficticia, con que habéis pretendido iluminarle, por esos salones suntuosos cuyas puertas le están cerradas.

Seguid, seguid un paso más al tosco hombre del pueblo. Él os conducirá por ese tenebroso laberinto de miserias e injusticias que envuelve a sus hermanos, y os señalará una parte, una mínima parte a lo menos, de sus padecimientos dolorosos, de sus aspiraciones elevadas.

IV.

Entremos en una fábrica.

Es la hora del almuerzo y ha cesado el atronador ruido de las máquinas.

Oigamos lo que de parte amigablemente ese animado grupo de operarios, mientras repara sus cansadas fuerzas con un frugal desayuno.

Un hombre de edad provecta lee en alta voz un periódico barato, costado por diecisiete compañeros de trabajo, a tres cuartos al mes por individuo.

Afortunadamente las restricciones al *derecho de asociación* no han llegado a impedir que por este sencillo medio se interesen los obreros en la *cosa pública*.

Oíd: el anciano da fin a su lectura:

«En la tarde de ayer procedióse en el Hospital a la amputación del antebrazo de un infeliz operario de nuestras fábricas, que *en un momento de fatal imprevisión* sintió cogida y estrujada horriblemente su diestra por un batán.

L'Aplec del Remei

El desgraciado deja sin recursos a su esposa enferma y a tres hijos de corta edad.»

—¡Infeliz padre!

—¡Mujer infortunada!

—¡Desventuradas criaturas!

He aquí el eco del noble corazón de esos obreros.

—¿Quién pagará, de hoy más, el miserable albergue de esa familia sin amparo?

—¿Quién cubrirá los ateridos miembros de esos desdichados seres?

—¿Quién procurará el medicamento que ha de sanar las dolencias de la esposa, el pan que ha de acallar el hambre de los hijos?

Ved: un sentimiento de santa conmiseración se refleja en los semblantes de esos *desheredados*.

Ellos, que experimentan la escasez de vivienda, de abrigo y de alimento, se afligen a la idea de las duras privaciones que amagan a otros seres aún más desgraciados.

Y dice uno:

—Como a los tiernos hijos de mi pobre hermana, arrojada de la fábrica por rechazar las torpes sugerencias de un mayordomo infame, aguarda a los pequeñuelos del inválido... ¡el Hospicio!

Y exclama otro:

—Como a mi pobre tía paralítica, llama a la triste y enfermiza esposa del mutilado obrero... ¡el Hospital!

Y añade un tercero:

—Como a mi pobre abuelo octogenario, amenaza al inutilizado en el deber santo del trabajo... ¡la mendiguez!

¡Qué negra perspectiva para una familia honrada y laboriosa!!

¿Oís?... ¡Ha vibrado en el grupo de operarios la palabra Asociación! y exclama un padre de familia:

—¡Oh! ¡La ASOCIACIÓN! ¡Sólo la libre ASOCIACIÓN podrá hacer frente a esas terribles plagas que amenguan nuestras fuerzas, enervan nuestro espíritu, conturban nuestra mente, llevan a los menos sufridos de nuestros infelices

L'Aplec del Remei

hermanos a la vagancia! ¡Al crimen!! ¡Lanzan a las más desdichadas de nuestras pobres hijas a la deshonra! ¡Al fango!! ¿Por qué negarnos tan precioso derecho los que en más alta esfera cosechan sus inmensos beneficios?

Defensores de caducos privilegios, objetad, si podéis, los razonamientos de ese obrero.

—*Aviesas inclinaciones despechos inmotivados... el yugo de la ignorancia el fruto de la impiedad los vértigos del materialismo...* nos contestáis.

Escuchad:

El *esclavo*, en el fondo de su covacha, lima sordamente los últimos eslabones de su infamante cadena, y acecha la oportunidad de arrojarlos, sediento de venganza, al rostro de sus inicuos opresores.

El *hombre libre*, en el pleno goce de sus ilegislables *derechos*, a la luz del sol, a la faz de todos, siente la conciencia de sus *deberes* y ama y respeta a los demás para ser amado y respetado en la posesión de los sagrados títulos de la humana dignidad.

Continuemos oyendo a los obreros:

—Nuestros infortunios y padecimientos ignorados son, sin duda, en las altas regiones gubernamentales. Reunámonos pacíficamente a grandes masas, y por medio de diputaciones del seno de cada una, llevemos la expresión de nuestras justas aspiraciones, el eco de nuestros dolorosos ayes a la mansión de los que rigen los destinos de los pueblos. Ellos atenderán a nuestras quejas; ellos pondrán remedio a tantos males. Reunámonos, pues...

— ¡Ahí no es posible. Como la *libertad de asociación*, el DERECHO DE REUNIÓN PACÍFICA está vedado y penado por las leyes. Busquemos otro medio.

—¡La prensa, ¡oh! sí, la prensa! Acudamos a ese faro de las modernas generaciones, a esa palanca poderosa que zapa los cimientos del error y de la injusticia, fortalecidos por luengos siglos de barbarie. Expongamos las iniquidades de que somos víctimas: protestemos contra la absurda limitación de nuestras facultades para procurarnos el bálsamo de duras aflicciones: demos publicidad a nuestros fraternales sentimientos...

—También esperaréis en vano.

L'Aplec del Remei

— *Todo español puede imprimir y publicar LIBREMENTE sus ideas...*

— *Con sujeción a las leyes y las leyes que reglamentan la LIBRE EMISIÓN DEL PENSAMIENTO*, envuelven en una red de onerosas condiciones e inevitables peligros al que escribir intenta, convirtiendo una de las conquistas mas preciosas de la civilización en privilegio para el rico... y ¡ay del que, aun amparado en él, llega a excitar las iras del poder echándole en cara sus abusos!

—¿En quién reside la facultad de hacer las leyes?

—En las cortes con el rey.

—¿Quién nombra a los legisladores?

—La nación.

—¡Pues volem a las urnas! Mandemos a esas cortes diputados que interpreten fielmente los principios de equidad que guían nuestras acciones, el sentimiento de justicia que inflama nuestros pechos, y al trabajar allí nuestros genuinos representantes por la total reforma de tantas leyes impropias del siglo en que vivimos, clamen por la extinción de odiosos privilegios; aboguen por la total extirpación de aborrecidos arbitrios que pesan directamente sobre las familias necesitadas, mermando nuestros jornales, encareciendo nuestras viviendas, fomentando la depravada sofisticación de nuestros alimentos; inculquen la necesidad de suprimir la *enseñanza privilegiada* que niega la instrucción a nuestros hijos y grava, con las asignaciones de profesores con título académico, el presupuesto de nuestros *Ateneos*, creados, sin la menor ayuda del Estado, para el cultivo y desarrollo de nuestras facultades morales e intelectuales; luchen hasta alcanzar la abolición de esa *contribución de sangre* que roba los brazos al trabajo, los hijos a las madres; prueben las excelentes ventajas de la *Asociación...*

—¡Todo es inútil! Las puertas de los comicios están cerradas a los que no pagan una determinada cuota de contribución...

—¡Decid, más bien, que todas las puertas del derecho están cerradas a los hijos del trabajo! ¿Por qué tantos esfuerzos sobrehumanos en el estadio de la paz?... ¿Por qué tanta sangre derramada en los campos de la guerra?... ¡Estériles sacrificios!

L'Aplec del Remei

¿Qué contestáis a esto, doctores de unas ideas que se van para no más volver?... ¡Ah! ¿Calláis?... ¡Comprendo vuestro silencio!

Oíd, oíd como al entregarse de nuevo a sus fatigosas tareas, murmuran los obreros con visible desaliento:

—¿Quién reconocerá en el pueblo los sagrados derechos de su origen?
¿Quién emancipará al proletariado de su envilecedora servidumbre?

Sólo la DEMOCRACIA, ¡hermanos míos! Sólo el triunfo eterno de las santas ideas de IGUALDAD y de FRATERNIDAD, que constituyen el Derecho.

¡Mártires del deber y del sufrimiento! ¡Acogeos a la sombra del divino lábaro de la redención de los pueblos, que el refulgente sol de la LIBERTAD, difundiendo sus luminosos rayos por todas las esferas, va a traer sobre la humanidad vejada duramente el suspirado imperio de la JUSTICIA!

V.

Campeones del optimismo: cuanto acabáis de oír al lado mío, es tan solo el bramido de una ola del encrespado Océano en que naufragan tristemente la virtud y la resignación del proletario.

Si llegase a levantar a vuestros ojos el apósito que cubre las heridas que en épocas de fatal recordación infiriera al obrero la crueldad de sus verdugos, retrocederíais espantados; y si es verdad que vuestros corazones sienten amor por esa clase desvalida, clamaríais conmigo por su *habilitación* pronta y completa, al llorar sus inmensos infortunios.

¿Queréis disipar *las tinieblas que cubren la mansión del proletario*?

Grabad en vuestro pecho estas grandes verdades del más simpático orador de nuestros tiempos, del elocuente apóstol de la causa de los pueblos, nuestro querido Castelar:

«El pueblo tiene ya el decálogo de sus derechos, grabado, no en mármoles, no en bronces, sino en el seno de su alma, inmortal cielo por donde han pasado todas las ideas. El pueblo sabe que tiene derecho a dilatar su voluntad

L'Aplec del Remei

en los comicios, su pensamiento en las escuelas libres, su conciencia en el jurado, su trabajo en la asociación, su vida toda en la sociedad, y cuando los pueblos saben sus derechos, la realidad, que como blanda cera obedece al espíritu, da cuerpo a las ideas. Dejadles, pues, abierto el camino de la discusión, y no temáis perturbaciones infecundas, porque estas ideas son la justicia, y la justicia el áncora de la paz en las sociedades.»